

# NARCOTRÁFICO Y CULTURA: LOS NARCOCORRIDOS

**S**in duda alguna, el corrido es una de las manifestaciones de la cultura mexicana de más hondo arraigo popular. El corrido, a lo largo de las luchas sociales que han sacudido a nuestro país, se ha consolidado como un importante factor de identidad cultural. En los corridos que canta el pueblo conocemos y reconocemos hechos y situaciones que conforman un pasado histórico que nos es común. Así, fiel a su origen popular, el corrido, como producto eminentemente colectivo, expresa las preocupaciones, los anhelos y las vivencias del grupo social que lo crea y, por lo tanto, no puede permanecer ajeno a una dolorosa realidad que se ha vuelto cotidiana en nuestro medio: el narcotráfico.

Con la aparición de los llamados "narcocorridos", se pone de manifiesto que el tráfico de drogas y todas sus consecuencias han permeado hasta lo más profundo del sentir popular, utilizando la voz del corrido para exaltar sus valores y reivindicar sus causas. A este fenómeno cultural dedicaremos el presente trabajo, en el que realizaremos un breve análisis del corrido como parte esencial de la cultura popular mexicana, continuando con una somera caracterización de la cultura o subcultura asociada con el narcotráfico, y de los corridos cuya temática versa en torno al mismo, para finalizar con algunas reflexiones personales sobre sus repercusiones en el ámbito de la cultura nacional.

## *I. El corrido en la cultura mexicana*

Inciertos son los orígenes del corrido. Algunos autores lo sitúan como una continuación de los viejos cantares de gesta y romances españoles, en tanto que otros lo identifican con la arraigada tradición oral de los pueblos precortesianos. Independientemente de su origen, lo cierto es que el corrido surge como un género, al margen de cualquier clasificación literaria, auténticamente popular que responde a la necesidad de todo grupo humano de registrar su pasado. En el corrido quedan grabados los sucesos que más hondamente impresionan la

sensibilidad del pueblo. Desde enfrentamientos armados y hazañas heroicas, hasta catástrofes, crímenes y pasiones amorosas; pero también el corrido es, en ocasiones, expresión de protesta ante las injusticias de un régimen. El corrido adopta tantas caras como estados de ánimo tiene un pueblo, puede ser épico o trágico, más bien melodramático en nuestro caso; humorístico o didáctico, lírico o subversivo. Igualmente, el corrido toma diferentes formas conforme a la zona geográfica en que es cantado; en el norte surge el "corrido norteño", mientras que en los estados del sur se componen "bolas surianas".

Años antes de la Independencia se tiene ya noticia de la existencia de corridos. Sin embargo, con el inicio de la lucha insurgente, éstos comienzan a aparecer ensalzando las hazañas de los principales caudillos como Morelos o Allende. En estos primeros años, el corrido permanece fiel a su tradición oral, se transmite de generación en generación, y cumple con la importante misión de crear una incipiente unidad cultural entre los habitantes de la joven nación. Posteriormente, con el establecimiento de las primeras imprentas populares, ya entrado el siglo XIX, los corridos comienzan a circular en coloridas hojas volantes, frecuentemente ilustradas, que llegan a los más apartados rincones del país. En esta época sirven de medio de comunicación popular, pues informan sobre los más variados sucesos y, a la vez, establecen un lazo cultural entre las diversas regiones del territorio nacional. Pero es durante los últimos años del Porfiriato y con el estallido de la Revolución, que el corrido alcanza su apogeo. Algunos de los más célebres son escritos al calor de la lucha armada por trovadores anónimos, combatientes las más de las veces, que ponen su inspiración al servicio de los ideales revolucionarios. Zapatistas, carrancistas, villistas, federales, en fin, la mayoría de los grupos armados componen sus propios corridos, impregnados de un fuerte contenido ideológico y de denuncia, en los que exaltan sus respectivas hazañas bélicas y las de sus dirigentes, a la vez que denuncian los excesos de sus rivales.

Con la aparición de los medios modernos de comunicación, el corrido, a pesar de un breve resurgimiento durante la Guerra Cristera, pierde fuerza. Deja de ser anónimo y de elaboración colectiva, en la medida en que cada intérprete lo enriquecía con sus propias variantes, para responder a las exigencias de la radio y después del cine y de la televisión. Posteriormente, los corridos se comercializan a través de discos y casetes, perdiendo así aquel carácter intimista y campirano. Surgen en cambio corridos que hablan de la vida urbana y de los problemas de sus habitantes. Sin embargo, el corrido sigue conservando ese carácter popular que le es propio, como lo demuestran los corridos compuestos a raíz de los movimientos guerrilleros de Genaro Vázquez o de Lucio Cabañas que, paradójicamente, al no ser difundidos por los medios de comunicación, se mantienen vivos gracias a la tradición oral, como los primeros corridos del siglo pasado.

Los corridos forman parte de esa serie de signos, símbolos y puntos comunes de referencia que nos identifican como mexicanos y que, además, contribuyen a la percepción de un pasado común. Aún hoy, por encima de su riqueza temática y de su innegable valor artístico, el corrido constituye una peculiar forma de sentir, de pensar y de reaccionar ante los acontecimientos que más honda huella dejan en nuestra conciencia nacional, como lo veremos más adelante.

## II. La subcultura del narcotráfico

El narcotráfico es, en definitiva, un signo de nuestro tiempo. La producción, el tráfico y la comercialización de las drogas, de ser un problema doméstico de algunos países, ha traspasado fronteras para alcanzar dimensiones mundiales. Nuestro país no es la excepción, se ha convertido en un importante productor de drogas, además de que su territorio ha sido utilizado tradicionalmente como puente entre los grandes países productores del sur del continente y el enorme mercado norteamericano. En México, al igual que en otros países de América Latina, la mano corruptora del narcotráfico ha tocado todos los niveles de la sociedad. Debido a la gran fuerza económica que da la droga, los narcotraficantes compran autoridades, conciencias e intereses; son propietarios de prósperas empresas a través de las que lavan sus estratosféricas ganancias y, en ocasiones, participan activamente en la política nacional. La incorporación a nuestro lenguaje cotidiano de palabras como narcoeconomía, narcodinero o narcopolítica son sólo una muestra de la fuerza con la que el narcotráfico ha irrumpido, con su carga de violencia y terror, en todos los ámbitos de la vida cotidiana de nuestro país.

El ámbito de la cultura, producto de las vivencias de un conjunto humano, no es ajeno a la influencia del

fenómeno del tráfico de drogas y de las actividades con él relacionadas. Así, se habla ya del surgimiento de una narcocultura que teóricamente puede definirse más bien como una subcultura, es decir, como un conjunto de valores, modos de vida, comportamientos y actitudes peculiares que diferencian a un determinado grupo social, dándole una identidad particular y una cohesión interna; pero que, al mismo tiempo, participa de algunos aspectos de la cultura global de la sociedad en la que se encuentra inmerso. La aparición de una subcultura, en este caso la del narcotráfico, dentro de una cultura dominante, puede equipararse a un proceso de autogestión, en el que un grupo determinado no persigue propiamente la destrucción de la cultura instituida, sino que pretende insertarse dentro de la cultura mayoritaria, introduciendo innovaciones propias de su modo de ser.

La narcocultura se manifiesta con mayor fuerza en las regiones en donde el narcotráfico es una actividad relativamente común (por ejemplo en la frontera norte del país), más o menos aceptada por la comunidad, y donde es percibida, particularmente por los sectores desposeídos de la población, como una actividad reivindicadora y a veces hasta heroica. El narcotraficante es, al mismo tiempo, ensalzado y temido. Se le admira por la manera en que enfrenta y desafía a los aparatos judiciales y policiacos instituidos, así como por la forma justiciera en que distribuye parte del producto económico de sus operaciones entre los más necesitados; pero, a la vez, se le teme por su potencial violencia capaz de cometer los más sangrientos excesos.

De esta forma, el hecho de ser narcotraficante otorga un status social superior a quien se dedica a esa actividad, al igual que al conjunto de símbolos y signos asociados con esta forma de vida; atuendo personal, lenguaje, desprecio por la vida propia y por la ajena, culto a las armas y a la violencia, constituyen algunos rasgos característicos de esta subcultura que, en el seno de una sociedad consumista, los medios de comunicación masiva, el cine y la radio, principalmente, se encargan de difundir en todo el país.

El fenómeno de la narcocultura o de la subcultura del narcotráfico, como la hemos caracterizado, se fundamenta pues en el arraigo que los patrones de comportamiento y los valores inherentes a la misma han tenido entre los sectores más desprotegidos de la población. Esta penetración le va dando cada vez un mayor peso social, al grado de que los consumidores de productos que la difunden a través de películas, música e historietas, identifican a los narcotraficantes en términos coloquiales con "los buenos", en confrontación con las fuerzas policiacas y militares a quienes (aunque no inmerecidamente) se identifica con los villanos.

### III. Los narcocorridos

A raíz del asesinato de un alto jefe de la Iglesia católica en la ciudad de Guadalajara, a finales del mes de mayo de 1993, que puso al descubierto hasta qué grado el fenómeno del narcotráfico ha penetrado en las estructuras políticas y sociales del país, la opinión pública nacional reparó en la existencia de los corridos de tema “narco” que, siguiendo la incorporación al habla cotidiana de dicho fenómeno, fueron bautizados como “narcocorridos”. Transmitidos normalmente por la radio y vendidos en discos y casetes, los narcocorridos tienen una gran demanda, como tuvimos oportunidad de comprobarlo al adquirir algunos de ellos en casas disqueras y puestos ambulantes de la Ciudad de México. A pregunta expresa, dependientes y “puesteros” respondieron que los casetes y discos compactos de narcocorridos (todos se mostraron familiarizados con el término) “son de los que más se venden”.

Fue en el estado norteño de Chihuahua —en el que existe una gran infraestructura para la producción y distribución de drogas—, donde se alzaron las primeras voces de protesta tanto de autoridades como de asociaciones civiles; bajo el argumento de que los narcocorridos tienen efectos negativos sobre la sociedad, ya que ensalzan los antivalores de la cultura de la droga, lograron que funcionarios estatales hicieran la petición formal a las radioemisoras de aquella entidad para que dejaran de programar los corridos. Sin embargo, la mayoría de las radiodifusoras no acató la medida y siguió transmitiéndolos, aduciendo como justificación la gran demanda que tienen entre los radioescuchas.

La mayoría de los narcocorridos se inscribe dentro de la tradición del corrido norteño y respeta tanto la forma como la estructura tradicional: una breve introducción que permite situar en el tiempo y el espacio el suceso que se va a relatar, la narración propiamente dicha, y una despedida frecuentemente acompañada de alguna moraleja. La gran parte de las acciones narradas en los narcocorridos se desarrolla en el norte de la República, principalmente en la zona de Chihuahua, Sinaloa y Sonora; todos hacen referencia de una u otra manera al tráfico de drogas y a actividades relacionadas con éste. Algunos títulos hablan por sí solos: “Contrabando y traición”, “La banda del carro rojo”, “Entre yerba, plomo y plomo”, “Carga ladeada” o “El rey de la morfina”. De entre la creciente producción de narcocorridos pueden distinguirse aquellos que simplemente narran un determinado hecho, las más de las veces un enfrentamiento entre narcotraficantes y policías, o bien entre bandas rivales; los que se refieren a un capo en particular y los que abiertamente exaltan las “hazañas” o la valentía de un grupo o de un cabecilla. Incluso, existen algunos que adoptan un tono moralista y condenan las actividades de traidores o “soplones”, que

infringen el compromiso de lealtad hacia su banda o hacia su jefe.

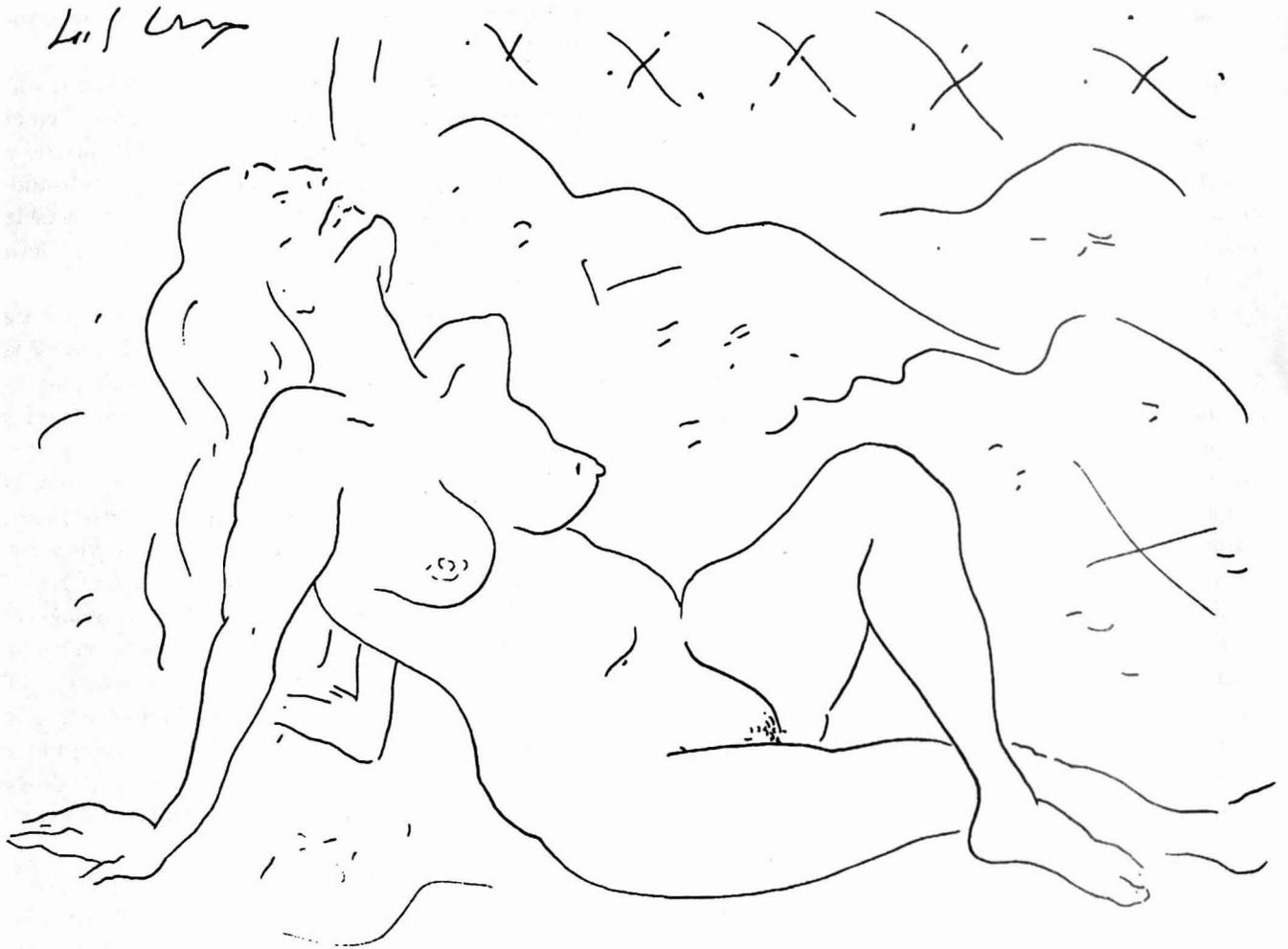
Sin embargo, la exaltación de sujetos que se entregan al crimen como forma de vida no es nueva en el género del corrido. Existían, desde el siglo pasado y principios del presente, corridos dedicados a los bandidos que defendían a los pobres, como el caso del notable Heraclio Bernal, personificación del héroe bandolero con cierta conciencia social.

No obstante, los narcocorridos se diferencian de otros corridos similares por la presencia constante de la violencia, elemento que si bien no es ajeno a algunos corridos tradicionales, en el caso de los corridos de tema narco se enfatiza y se tecnifica. En los narcocorridos son numerosas las referencias a fusiles AK-47, llamados “cuernos de chivo”, rifles M-6, R-15 y calibres súper, cuyos disparos “rugen en el aire”, así como a avionetas, autos y camionetas superequipadas que “surcan las carreteras”. En otras palabras, se trata de la tecnología al servicio de la droga y de sus fines. Igualmente, el narcocorrido explota el extraordinario poder económico del narcotraficante. Las grandes sumas de dinero que se mencionan como pago a los servicios prestados a bandas de traficantes, que van desde el transporte de droga hasta el homicidio, ejercen una especial fascinación en la imaginación popular.

De esta manera, el narcocorrido, como parte de la subcultura a que pertenece, puede identificarse como un proceso autogestivo que, al margen de los valores que ensalza y de los fines que persigue, intenta introducir cambios en la institución del corrido, poseedora de una larga tradición dentro de la cultura nacional. Y quizá no está lejos de lograrlo, como lo demuestra el hecho de que la música —el corrido cuyo tema gira en torno al tráfico de estupefacientes— es un elemento indispensable en las “narcofiestas” o convivios sociales que se celebran en las regiones donde opera el narcotráfico, que no son otra cosa que celebraciones rituales de cohesión e identificación comunitaria. Incluso, han traspasado el ámbito de las comunidades rurales, en donde se ubican los principales centros de producción de drogas, para ingresar a las comunidades urbanas, especialmente en la sensibilidad de las clases bajas, en cuyas fiestas no pueden faltar “Contrabando y traición” o “La banda del carro rojo” que, al decir de un vendedor ambulante de casetes en la Alameda Central de la capital, son “los más buenos para bailar”.

### IV. Narcocorridos, el lado oscuro de la tradición

El corrido, como lo apuntamos al principio de nuestra exposición, es la voz de los grupos populares y, por lo mismo, refleja fielmente la realidad social en que aquéllos se desarrollan. El corrido plasma, con sobriedad y concisión, una realidad que muchas veces no registran



la historia oficial ni los medios de comunicación. Esto último es particularmente cierto en el caso de los narcocorridos, pues retratan un fenómeno cotidiano, producto de la falta de oportunidades económicas y de la crisis educativa, entre muchas otras causas, que el discurso oficial, así como la prensa y la televisión tratan de minimizar. Sin embargo, el fenómeno está ahí, en un hecho tan trivial como encender el radio y escuchar a uno de los muchos grupos dedicados a cantar las glorias y las vicisitudes del narcotráfico y de los miles de hombres que, casi a diario, son asesinados o encarcelados por su causa.

Por otra parte, es a nuestro juicio motivo de gran preocupación el hecho de que se utilice el corrido, una tradición tan mexicana y, sobre todo, que tanta ascendencia tiene sobre la sensibilidad popular, como medio para promover valores y formas de vida que desde cualquier punto de vista son negativos. Estamos en presencia de un proceso de sustitución de los valores del corrido tradicional —que de alguna manera propició la cohesión e identidad cultural en torno a un pasado común— por el mensaje de violencia y autodestrucción que enarbola el narcocorrido, sustitución que una sociedad consumista, ávida de novedades, acepta sin ningún cuestionamiento. ■

### Bibliografía

- Gómez Montero, Sergio, "Narcotráfico y cultura cotidiana", en *El Financiero*, 3 de junio de 1993.
- Gutiérrez, Alejandro, "Rigor en Chihuahua: fuera del aire, los narcocorridos", en *Proceso*, Núm. 874, 2 de agosto de 1993.
- Jiménez, Catalina H. de, *Así cantaba la Revolución*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Grijalbo, 1991.
- Kaplan, Marcos. *Aspectos sociopolíticos del narcotráfico*, México, Cuadernos del Instituto Nacional de Ciencias Penales, 1990.
- Monsiváis, Carlos, "El narco de todos los días", en *El Financiero*, 10 de junio de 1992.
- Moreno Rivas, Yolanda, *Historia de la música popular mexicana*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Alianza Editorial Mexicana, 1979.
- Reyes, Román (Director), *Terminología científico-social. Aproximación crítica*, Barcelona, Editorial Anthropos, 1988.
- Valencia Muñoz, Juan Manuel (Coordinador), *Romances y corridos*, México, Promotora de Ediciones y Publicaciones, 1974.